

La generosidad de
Luz María

F. Javier García Aparicio

La generosidad de Luz María



1ª edición, 2018

© F. Javier García Aparicio
escribeajavisolamente@gmail.com

© 2018, editorial Sindéresis
Venancio Martín, 45 – 28038 Madrid, España
Rua Diogo Botelho, 1327 – 4169-004 Porto, Portugal
info@editorialsinderesis.com
www.editorialsinderesis.com

ISBN: 978-84-16262-57-1
Depósito Legal: M-18552-2018
Produce: Óscar Alba Ramos

Fotos de interior y portada: F. Javier García Aparicio

Nihil Obstat: D. Ignacio Gaztelu Pastor, Canónigo
y Rector del Seminario de Jerez

Impreso en España / Printed in Spain

Reservado todos los derechos. De acuerdo con lo dispuesto en el código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes, sin la preceptiva autorización, reproduzcan o plagien, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

A mi madre,
a las Comunidades Neocatecumenales
y a las hermanitas de Belén
que ayudaron a mi hermana a encontrar el camino
de vuelta a Casa.

*Escucha, hija, mira: inclina el oído,
olvida tu pueblo y la casa paterna;
prendado está el rey de tu belleza.*

Salmo 44

I

Por qué escribo esto

*Guárdame como a la niña de tus ojos;
a la sombra de tus alas escóndeme.*

Salmo 17

Mi hermana Luz María murió cuando tenía 53 años, la edad que tenía mi madre cuando ella, con 25, entró en el monasterio. Extraña coincidencia en dos mujeres que van a entregar sus vidas sin vacilar, sin sospechas.

El que la llamáramos *Chiqui* le convenía a su forma de ser. La recuerdo en Salamanca con esas bufandas infinitas que se reliaba al cuello varias veces para no pisarlas, y esos jerséis que ella misma se hacía con motivos naíf, como su propio carácter, de colores sin mezcla y líneas sin ambages. Unas florecillas torpemente trazadas, la extraña sonrisa de Heidi y cosas así eran los motivos permanentes. Sus simpáticas trenzas, sus guantes de lana a juego con los siempre insólitos calcetines. Y, cómo no, sus chistes imposibles que hacían corros de risas; su amable empeño en todo lo que emprendía, sus macetitas siempre agradecidas, la forma compasiva en que te miraba cuando le hablabas... Con esos ojos verde extremeño.

Cuento esto, no para lo imposible de describirla en tan poco, sino para sonsacaros esa sonrisa que producía de todas todas su aspecto adorable, y

haceros así cómplices del cariño que inevitablemente rezumarán estas palabras. Son torpes a la fuerza. Pero de una torpeza atrevida sabiendo que van dirigidas a vosotros, los que la conocisteis, y —casi se sigue— los que la quisisteis.

Las escribo, probablemente, a su pesar. Nada más lejos de su carácter el hacerse notar, el llamar la atención, el darse importancia. Era Chiqui, y su nombre le convenía (aunque, sea dicho, murió como Luz María). Sin embargo, apelo a su generosidad para dejaros el recuerdo de estos hechos transcendentales. Los considero su regalo póstumo a mi través. Paradójico regalo. Su muerte. Pero no: es la forma en que murió, es su empeño en que hasta su muerte fuera amable y sugerente para todos los que la *compartimos*. Y ahí quiero incluiros a vosotros todos, por medio de estas palabras. Que ella me asista desde el Cielo que la guarda («como a la niña de sus ojos»¹).

¹ Era el salmo que rezaba la puerta de la celda que ocupó muchos años en su primer monasterio: «Guárdame como a la niña de tus



ojos». El verano después de su muerte volví a aquel monasterio en el que pasó veinte años con la intención de recobrar emociones. Yo mismo había estado allí muchas veces. Aunque agnóstico, presentía algo insólito en aquel lugar cerca del desierto. Las celdas en las que vivían ellas entonces se habían convertido ahora en hospedería. Es por eso por lo que *la casualidad* me llevó a esta, la que fue suya durante mucho tiempo —me lo contaba la hermanita que se cercioró—. Una simple cama, una mesa, un lavabo y un sencillo oratorio donde ella se reclinaría tantas veces, donde ella pediría por mí —su hermano *perdido*— tantas veces... ¡Me habían asignado por azar —aunque yo prefiero imaginar fuerzas más trascendentes— la celda de Luz María! Me conmovió, la verdad.

Viendo entonces, tras su muerte, el salmo que colgaba de aquella puerta: «Guárdame como a la niña de tus ojos», pensé emocionado que, verdaderamente, ¡se había cumplido!

UNA ACLARACIÓN:

Tengo que decir que este es un relato escrito desde el asombro del *recién llegado*. No es propiamente un texto escrito desde la mirada de una religiosidad madura sino, más bien, diría yo, desde la frontera, desde el umbral de una fe propia de un cristianito reciente que soy yo. Esto, que a algunos os parecerá un detrimento, permite, creo yo, un relato más abierto y comprensible para los que no sois creyentes. Sea como sea, todos coincidimos en el cariño hacia mi hermana, y este es el único presupuesto que necesita su lectura².

² Quizá tengas este librito entre las manos y, sin embargo, no conocieras a Luz María. La razón es que, finalmente, decidimos "abrir el círculo" de aquellos a los que va dirigido. No he querido, a pesar de todo, cambiar esta introducción por fidelidad al relato original, y también porque, de algún modo, creo que conocer su propósito inicial puede ayudar a entender mejor esta modesta crónica de hechos tan extraordinarios. Solo me atrevería a pedirte, si me lo permites, que no dejes que la luz de su testimonio «quede bajo el celemín».